

## RESEÑA

**Carlos E. Caorsi. *Ensayos de Filosofía del psicoanálisis*, Ed Letra Minúscula, Madrid, 2021, 254 pp.**

Ricardo Navia  
FHCE, Udelar

Este libro reúne dieciséis escritos que el autor fue elaborando desde la década de 1990. Se presenta organizado en cinco secciones dado que el abordaje está en algunos trabajos más enfocado en los aspectos lingüísticos del psicoanálisis, en otros más enfocado sobre los aspectos epistemológicos y lógicos y, aún, a veces en los aspectos ontológicos de dicha disciplina; considerada tanto como teoría, cuanto como práctica terapéutica y como método de investigación. En conjunto se trata de enfoques que no han sido comunes en la literatura filosófica sobre el psicoanálisis, que ha estado mayoritariamente centrada en los aspectos epistemológicos o antropológicos. En sus trabajos se evidencia una sólida formación filosófica y una lectura atenta de los textos psicoanalíticos, basada en la doble y prolongada condición de Caorsi como investigador en filosofía teórica contemporánea y como psicólogo de orientación analítica. Tampoco es común que un filósofo formado en la filosofía analítica contemporáneas y en la lógica simbólica, con su reconocida rigurosidad, se aboque sinprejuicios al análisis del desarrollo psicoanalítico.

Imposibilitado de abordar los dieciséis trabajos que componen el libro, procuraré marcar ciertas características generales de sus exploraciones y luego mostrar los aportes destacados en algunos de dichos trabajos. Así por ejemplo: el capítulo 1 comienza abordando la interacción entre los elementos exógenos e interpretativos en la constitución del conocimiento humano, para en la segunda parte ver cómo esa interacción ha sido vista en el psicoanálisis freudiano y atisbar por dónde puede continuar tal cambio en el psicoanálisis contemporáneo. En el capítulo 2 se rastrean los cambios en la ontología implicada en el psicoanálisis freudiano y su repercusión sobre la propia tarea analítica. El capítulo 3 muestra de qué modo el uso de ciertos conceptos de la teoría lingüística contemporánea nos permiten entender mejor la perspicaz captación de Freud sobre los aspectos no meramente descriptivos de las expresiones emitidas en la sesión analítica. Ya en la sección sobre la concepción de la mente y la relación mente-cerebro, el capítulo 7 se propone mostrar cómo Freud fue evolucionando desde una concepción monista biológica y reduccionista hasta una concepción que da cabida a lo específicamente mental, conformando un modelo innovador que hoy podríamos catalogar como bastante cercano al monismo anómalo de Davidson. Por su parte, en la sección específicamente epistemológica, el capítulo 9 aborda el agudo problema de si la validación intraclínica no está viciada por usar la transferencia, instrumento metodológico que no tiene un fundamento independiente de la teoría misma, encontrando la respuesta en una modificación de lo que se estaría validando en el llamado “argumento de la coincidencia” que incluiría a la propia transferencia. En el capítulo 12, el autor se enfoca en la lógica que requiere una teoría que concibe algunos niveles de actividad psíquica no regidos por la lógica clásica que rige a la mayoría de las ciencias. Ante ello postulará que la lógica paraconsistente C1 de Newton Da Costa puede servir para contemplar esa heterogeneidad sin que el sistema colapse en la trivialidad. Como puede observarse, se trata de elucidar aspectos de la teoría y la práctica

psicoanalítica usando conceptos y distinciones filosóficas que nos permitan entender mejor las particularidades de dicha disciplina, evitando equívocos y haciendo más viable posteriores desarrollos.

En el capítulo 1 “*Conocimiento e interpretación*”, Caorsi traza una interesante panorámica sobre cómo la filosofía ha ido cambiando la forma de concebir la interacción entre los elementos sensoriales y los interpretativos en la constitución del conocimiento humano, para sobre la segunda parte ver cómo esa interacción ha sido vista en el psicoanálisis freudiano. Parte de la innovación kantiana que, superando la concepción aristotélica del conocimiento como copia, señaló la importancia del sistema de decodificación aportado por el sujeto, esto es, las formas *a priori* con las cuales organizamos los datos de la sensibilidad. Aunque en Kant, dado que dichas estructuras categoriales son únicas para todo sujeto humano, habría una sola interpretación. Sin embargo, luego Frege nos mostró que en ciertos enunciados podríamos tener distintas interpretaciones que parecerían indicar distintos objetos, cuando en realidad la investigación científica después demostraría que se trataba de un mismo objeto, con lo cual el objeto estaría dando un veredicto por encima de las interpretaciones. A su vez, a mediados del siglo XX, Quine a través de su tesis de la inescrutabilidad de la referencia que conduce a la indeterminación de la traducción, puso en cuestión que realmente se tratara del mismo referente, puesto que el hablante desde su particular esquema conceptual, recorta e identifica objetos diversos. No habría una teoría supra esquemas particulares que nos diera un veredicto de cómo realmente es el mundo. De algún modo, las interpretaciones determinarían mundos diversos (relatividad ontológica); sólo podríamos hablar de mundos en relación a diversos sistemas de coordenadas, lo cual nos acercaría al relativismo o al idealismo. Es allí donde Davidson al cuestionar la distinción kantiana entre lo exógeno y los esquemas conceptuales, o, lo que es lo mismo, al cuestionar el rol epistémico de las sensaciones (aunque no su rol causal), ubica, a través del fenómeno de la triangulación, en los objetos mismos y no ya en las representaciones intermedias (*sense data*) los determinantes que condicionarán nuestro conocimiento.

Pasa luego Caorsi a explorar cómo este proceso se dio también de alguna manera en el pensamiento psicoanalítico. Al comienzo Freud al explicar las fantasías originarias daba gran relevancia a un hecho exógeno objetivo, la seducción de parte de un adulto; pero luego, precisamente en razón de su universalidad, la sustituye por la teoría de la fantasía de seducción, operando así una especie de giro copernicano en la explicación freudiana. Como bien sintetiza Caorsi “las formas *a priori* kantianas y las profantasías freudianas guardan una estricta simetría” (p 22). El capítulo cobra el máximo interés cuando muestra que también estas estructuras universales son reformuladas: cuando Lacan (en la huella de Levi Strauss) señala que ese conjunto reiterado de fantasías no son propias de la carga genética de un sujeto universal ahistórico, sino características de ciertas estructuras culturales. Así como Kuhn historizó los *a priori* de las ciencias, Lacan traslada a las configuraciones culturales los elementos interpretativos que marcan el desarrollo psicosexual y con ello cambia nuestra forma de entender la particular imbricación entre realidad e interpretación que generaría el desarrollo del sujeto, y también su exploración desde el psicoanálisis.

El capítulo 2: *Lenguaje y referente en la clínica con neuróticos*, también implica la aplicación de conceptos lingüísticos y epistemológicos para explicitar el estatuto y el rol epistémico de ciertos conceptos psicoanalíticos. En él, Caorsi estudia cómo se articulan en el psicoanálisis la tríada: lenguajes (o teorías), datos percibidos y mundo. En el *Proyecto Freud* concibe que las experiencias tempranas del bebe conforman un espacio estimulativo en búsqueda de la satisfacción, en el cual si bien hay relación con el mundo (madre), aún no hay una diferenciación entre los estímulos endógenos y exógenos, donde incluso se da la satisfacción alucinatoria de deseos y necesidades. Dada esa indistinción entre sujeto y mundo, hablamos allí de narcisismo originario. Luego, el neurótico no consigue un vínculo pleno con la realidad pero tampoco lo resigna del todo, mantiene un vínculo con personas y cosas pero

más bien a nivel de fantasía: “el referente ha dejado de ser el objeto real para pasar a ser un objeto imaginario” (p. 27) Ese desplazamiento del objeto real al objeto imaginario va a ser determinante de la futura modalidad del vínculo sujeto-realidad. El concepto ontológico de realidad es aquí esencial: el neurótico pasa a vincularse con la ontología real pero dirigido por la lógica de una ontología imaginaria, en tanto el psicótico se vincula con un objeto delirante. Y precisamente, esa distinción de objetos del vínculo se corresponde con los dos lenguajes (o teorías) que según Freud se dan en los sujetos: el del sistema consciente y el del inconsciente. El neurótico acciona sobre una ontología real pero no lo hará siempre según una lógica consciente; de ahí sus dificultades.

En esta línea, analista y analizando en la medida en que parten de dos teorías distintas pueden estar hablando el mismo idioma pero refiriéndose a objetos distintos. La escucha analítica apunta a no dejarse llevar por la traducción homofónica, sino que hay elementos de la teoría que permiten una lectura alternativa: tratar de que por medio de la asociación libre el sujeto regrese a expresar los procesos más primitivos de sus estadios evolutivos. Del mismo modo, al dejar que el paciente estructure el campo analítico, el analizando va mostrando su propia ontología en la cual ubicará al propio analista (transferencia), lo que permitirá trabajar sobre ella y no sobre el discurso manifiesto. En ese contexto, mediante el encuadre y la abstinencia, que implican frustración, el analista actúa “como el dato recalcitrante que obliga a modificar (la) teoría” del paciente (p.34), y da pistas al analista para construcciones que permitan producir interpretaciones que abran al análisis, sea cambiando la lógica de su discurso, sea “trastocando la semántica del discurso por medio” (37) de un cambio del referente.

En el Capítulo 3 *Actos de habla y psicoanálisis*, Caorsi comienza por señalar que Freud comprendió desde el principio que el discurso del paciente en la sesión analítica, si nos limitamos a considerar su contenido significativo (y aún su condición de verdadero o falso), resulta “inabordable”, esto es, irrelevante y engañoso para la inteligibilidad de los procesos psíquicos profundos del paciente. Freud es consciente de esto al menos desde la famosa carta a Fliess, cuando al abandonar la teoría de la seducción y sustituirla por la teoría de la fantasía, proclama: “ya no creo más en mi “neurótica”. Y no se limitó a sustituir la idea de verdad objetiva por la de “verdadero para el paciente”, que hubiera resultado igualmente irrelevante. En ese momento aún no se disponía de una teoría lingüística que contemplase adecuadamente otras funciones del lenguaje; pero es claro que Freud percibió que el paciente expresa más cosas que el mero contenido significativo. Por ello, trata de facilitar esas expresiones, por ejemplo, mediante el uso del diván, con lo cual de alguna manera le está facilitando que “diga en vez de hacer”.

En el resto del capítulo se muestra de qué manera la teoría lingüística de Austin, nos permite conceptualizar de un modo más claro los recursos que Freud nos estaba enseñando a emplear para desarrollar el análisis. Austin muestra que cuando realizamos preferencias, producimos a la vez tres tipos diferentes de actos: actos locucionarios, actos ilocucionarios y actos perlocucionarios. El acto locucionario consiste en decir algo (a-eso es blanco o b - está por caer una piedra sobre ti). El acto ilocucionario es el tipo de función relacional que pretende cumplir el acto locucionario (a – describe e informa; b – avisa). Los actos perlocucionarios son la consecuencia perseguida por el acto locucionario (a – informar b- advertir). Austin observó así mismo que hay actos de habla que son básicamente perlocucionarios: cuando contienen verbos realizativos, que hacen que el acto en sí mismo busque ciertas consecuencias no meramente descriptivas; así “juro”, “te prometo”, “te ordeno”.

El acto locucionario encierra a su vez: un acto fonético, un acto fático y un acto rético. El primero consiste en la secuencia de sonidos emitidos; el acto fático en la emisión de una serie de palabras organizadas según una determinada gramática y el acto rético consiste en que dicha emisión tenga un sentido y una referencia. Si llevamos esto a la sesión psicoanalítica, lo que Freud nos estaba advirtiendo es que en todo acto fonético del paciente que no tenga una estructura fática adecuada debemos ver que en su anómala estructura está manifestando una

significativa gramática inconsciente, que el analista debe atender porque está revelando sus fantasías inconscientes. Con ello, sus observaciones sobre el lenguaje estaban ligadas a sus ideas sobre la interpretación y la transferencia. Lo primero ya fue mostrado; pero además: ese acto ilocucionario contrastante en relación a la intención consciente forma parte de la transferencia. Aún más, Freud muestra que ese acto ilocucionario inconsistente se capta precisamente por el efecto perlocucionario que produce en el propio analista. La subjetividad trabajada y controlada del analista se transforma en el detector del contraste significativo que resultará valioso captar; e incluso podrá advertir que pueden generar en él fenómenos contratransferenciales, también metodológicamente aprovechables. Todas estas funciones analíticas de las inflexiones lingüísticas el capítulo las ejemplifica a través de su aplicación al examen de su uso en el caso de la joven homosexual escrito por Freud en 1920.

Ya en la sección sobre la concepción freudiana de la mente: *El monismo de Freud*, se propone tratar de elucidar qué tipo de filosofía de la mente está implicada en el psicoanálisis freudiano. La interpretación mayoritaria sostiene que Freud en sus comienzos, a partir del *Proyecto de Psicología* de 1895, sostuvo un modelo del psicoanálisis como ciencia natural, un monismo materialista y reduccionista; pero que a partir de *La interpretación de los sueños* de 1900, se produce un abandono de tal modelo hacia uno no biologicista cuyos rasgos categoriales no reúnen consenso de los intérpretes. Para Caorsi, descartada la posibilidad de un monismo idealista, si se abandona una interpretación puramente reduccionista, lo que queda es: adherir a alguna forma de dualismo psicofísico, o abandonar el reduccionismo sin abandonar el monismo y abrazar alguna forma de monismo anómalo como el propuesto por Donald Davidson en *Mental Events* de 1979. El trabajo se propone mostrar por un lado que el abandono del modelo reduccionista no fue total y, sobre todo, demostrar cuáles serían los rasgos más verosímiles del nuevo modelo.

Para ello, parte de que hay dos tesis centrales que Freud nunca estuvo dispuesto a abandonar, a saber: 1) la existencia activa de un psiquismo inconsciente y 2) la concepción de los sistemas inconsciente y preconscious como sistemas a la vez de representación-cosa y de representación-palabra (expuesta por Freud en el capítulo VII de *Lo inconsciente* de 1915). Las representaciones-cosa son fundamentalmente visuales, en tanto las representaciones-palabra son primariamente acústicas. Las representaciones-palabra se limitan a los aspectos materiales del signo pero no tienen un significado que hagan de dichos fonemas una palabra; el significado recién advendrá por la conexión de la representación-palabra con la representación-cosa. Caorsi entiende que para esta concepción de los sistemas Consciente y PreConsciente es suficiente un lenguaje fisicalista, basado en el rol de las neuronas y la “cantidad fluyente”. Aunque apunta con precisión que el obstáculo para un programa puramente reduccionista podría surgir “cuando se intentara dar cuenta de los significados asociados a las palabras, yendo más allá de la mera asociación de la representación-palabra con la representación-cosa con base en meras relaciones de contigüidad”(p 96); esto es, allí donde comienza a constituirse la función comunicativa, que dará lugar al lenguaje (p.101), en “el pasaje de la función primaria de descarga del llanto a la función secundaria del pedido de auxilio” (p 101)

Teniendo en cuenta que el PreConsciente no admite una descripción en términos puramente fisicalistas y el Inconsciente puede ser descripto tanto en términos fisicalistas como mentalistas, la pregunta pendiente es si existen leyes que permitan traducir el lenguaje mentalista al lenguaje fisicalista. Si tal cosa es posible, todo el programa podría desarrollarse en términos reduccionistas (como en el *Proyecto*); pero como la respuesta más factible (en Davidson y ya en Freud) es que tal traducción no es posible, entonces lo que resta es un monismo anómalo, que resulta consistente con que el Inconsciente tiene carácter psíquico, lo cual parece la demostración central de la obra de Freud. Todo lo cual, según concluye Caorsi, hace del monismo anómalo contemporáneo la forma más plausible de interpretación de la concepción de Freud.

Pasando ahora a la sección epistemológica, el capítulo 9 aborda “. . . *el problema de la validación intraclínica de las hipótesis analíticas*”. Uno de los problemas que ya desde Freud enfrentó la validación de las construcciones analíticas realizadas por el analista, ha sido el de que las respuestas y reacciones del paciente puedan no estar motivadas por la adecuación modificadora de las interpretaciones sino por la mera sugestión emanada de la palabrainvestida del analista que la realiza. Ante ello, Freud propuso lo que Grümbsaum llamó el “argumento de la coincidencia”: la hipótesis será acertada si promueve en el analizando ciertas reacciones que se consideran indicativas de progreso en el proceso de análisis, reacciones que el mismo Freud pautaba en *Construcciones* (1937). Caorsi señala que en general se ha entendido que el analista es el sujeto epistemológico y la historia del analizando el objeto de conocimiento. En ese sentido, el problema radica en que un elemento fundamental de la técnica analítica es la relación transferencial que el analizando establece con el analista, y sucede que la transferencia como recurso metodológico, a diferencia de lo que ocurre con otros instrumentos científicos (microscopio, telescopio), no tiene un fundamento teórico independiente de la teoría analítica, sino que se basa y forma parte de la misma, lo cual lo viciaría como tal. Aquí, a quien esto reseño, me cabe la duda de si el éxito investigativo global no es también en otras disciplinas un fundamento de algunas de las técnicas empleadas. Caorsi postula que siguiendo entre otros un pasaje de *Más allá del principio del placer* deberíamos considerar que el objeto de conocimiento no es la historia del sujeto sino “la situación analítica misma”(128), dado que después del descubrimiento de la transferencia, la teoría de la transferencia pasa a formar parte de lo que nos proponemos validar al someter a prueba las hipótesis psicoanalíticas. Ello implicaría la necesidad de una reubicación del objeto y de la propia estructura epistemológica de la actividad analítica.

Dentro de la sección sobre Lógica y psicoanálisis, el capítulo *Paraconsistencia y psicoanálisis* comienza recordando que a lo largo de la historia de la ciencias y de la filosofía se ha concebido que todo forma racional de pensar la realidad, está sujeta a los tres principios lógicos formulados ya por Aristóteles: principio de identidad, principio de no contradicción y principio de tercero excluido. Ha habido pensadores que han postulado la posibilidad de otras lógicas, así: Heráclito, Hegel o Marx. Pero al menos hasta comienzos del siglo XX eso no había dado lugar a la formulación sistemática de lógicas alternativas, entre otras razones porque si se admite a la vez la verdad de A y no-A, al poco tiempo hay que admitir cualquier proposición y eso colapsa a todo el sistema en la irracionalidad; y, además, porque la casi totalidad de los procesos macroscópicos observados se rigen por los tres principios clásicos.

Sin embargo cuando Freud concibe el inconsciente y el proceso primario, postula que a ese nivel se puede dar a la vez A y no A. Una forma viable de interpretar esto – a partir de Freud 1925 - sería concebir que en el sistema inconsciente no hay negación, y, por tanto, tampoco contradicción, ni Principio de Contradicción. Es lo que en una expresión algo impropia se denomina una *lógica positiva clásica*. A esta altura Caorsi se pregunta qué pasa con las lógicas de las otras dos instancias de la primera tópica. Hay en Freud (1894) elementos para suponer que las dos censuras - que necesariamente implican cierto nivel de negación -existentes entre esos sistemas indican que hay contenidos compatibles a nivel del sistema inconsciente que no lo serían a nivel sistema preconscious, y que también hay contenidos admisibles a nivel del sistema preconscious que no lo serían a nivel del sistema consciente. Sin embargo, esas restricciones no pueden ser radicales para que pueda haber un pasaje entre los tres sistemas.

Sería pues verosímil hipotetizar que lo que marca el pasaje (parcialmente censurado) del sistema inconsciente al preconscious es la introducción de una negación. De este modo, agregando la negación a la lógica sin negación del sistema inconsciente tendríamos que en el sistema preconscious rige una lógica clásica. Como consecuencia, la lógica del sistema consciente no sería una lógica clásica sino una que supusiese una nueva forma de negación (porque media una nueva censura). Sin embargo, esto no es fácil de concebir, además de que

el sistema sistema consciente parece regirse con una lógica clásica. Dado que esta segunda censura parece ser más débil, sería sensato suponer en ella involucra una forma más débil de negación. Teniendo en cuenta que la negación involucrada en el Principio de tercero excluido (de dos afirmaciones contradictorias ambas no pueden ser falsas) es más débil que la involucrada en el Principio de no contradicción (de dos contenidos contradictorios no pueden ser ambos verdaderos), Caorsi postula que la negación débil opera entre el sistema Inconsciente y el Preconsciente y que la negación fuerte actúa a nivel del pasaje del sistema Preconsciente al sistema consciente. Concluye que esto es exactamente lo que sucede en el sistema C1 de Newton da Costa (1958), permitiendo formular la relación entre estratos que permiten ciertas contradicciones, pero introduciendo luego otro tipo de negación que posibilita que pese a lo anterior el sistema no colapse. Dicho de otro modo, dar cuenta de una realidad estratificada pero comunicada, donde la existencia de censuras y negaciones diferenciadas permite la inteligibilidad global del sistema, que aloja estratos donde se admite la contradicción; pero sin que ésta se expanda a la lógica clásica (con las dos negaciones) en que desde lo consciente opera la ciencia, sin trivializar la teoría como un todo.

Después de leer estos fundamentados y pertinentes trabajos de aplicación sistemática de un vasto equipo conceptual que vuelve más riguroso el estatuto lingüístico, lógico, ontológico y epistemológico del psicoanálisis, me queda planteada cierta inquietud. Quienes trabajamos en el campo de la filosofía y quienes trabajan en el campo del psicoanálisis ¿hemos encontrado las formas y las instancias para que este tipo de aportes transdisciplinarios rindan los frutos investigativos que podrían promover ?